

EL ABREVADERO

Miñuca Villaverde
incubadora ediciones

De todos o casi todos, es conocida la obra *El Abrevadero* del pintor Jean-Honore Fragonard.

Pero pocos saben de aquel pequeño motelito, o mejor posada, que había en La Habana y a la que le llamábamos un grupo de amigos el *abrevadero*. Lugar a donde ir a saciar cierta sed si no de amor de más de un deseo de esos que llaman de la carne. Por aquel entonces no tenía garaje en donde estacionar el auto y entrarle al cuarto sin que nadie te viera. No era como los de Miami, esos que abundan por la calle Flagler o la Calle Ocho, *Hoteles para el Amor* u *Hoteles Ejecutivos*, que los llaman, con bastantes aparcamiento y sus anuncios de bañeras redondas llenas de espuma y copas de champán burbujeantes como si las burbujas dieran el último o el primer toque de sensualidad que se necesita para realizar el acto.

En aquellas otras posaditas, sin embargo, había que entrar al patio del edificio, y hacer cola en espera de que se vaciara un cuarto. Claro, que todo con discreción. No se miraba ni al que estaba delante ni al de detrás de uno en la cola. Y en el camino al cuarto, el que limpiaba con la escobita aquel patio, al tú pasar se incrustaba en la pared para no verte o reconocerte.

Allí fui con mi marido, ya para entonces casados y con toda la honra de ser matrimonio, una noche de Fin de Año con unos amigos. Hicimos de todo menos el amor, pasar de cuarto en cuarto, caminar por los pasillos, revolotear como lo que éramos, los dueños del local pues uno del grupo era el hijo del dueño. De más está decir

que el padre le prohibió volver con esos amigos, que éramos nosotros. Pero antes de eso ya yo había estado con otro en el mismo abrevadero del amor .

Resulta que él y yo hicimos el pacto de no desnudarnos. Quedarnos en ropa interior. Yo era señorita y quería llegar virgen al matrimonio. Entonces eso se acostumbraba. Y así nos quedamos, en ropa interior que para los tiempos que corren es más que exterior: Una fajita y un brassier que llegaba a la cintura con ballenas incluidas que más parecía una trusa para señoras ahora que algo para incitar a nadie. Y en cuanto al calzoncillo del compañero no era como los que usa Ronaldo, el futbolista, chiquiticos y apretaditos, sino grandote y amplio, casi como un bermuda.

Nada, que aquello fue un desastre. Ni él se atrevía a tocar la parte en donde el amor se funda, al decir de Cervantes, ni yo sabía en dónde hacerlo.

Aquel abrevadero no sació sed alguna nuestra, no importa que su etimología provenga del verbo activo transitivo abrevar, proporcionar agua y del latín *abbiberāre* y de *bibĕre* o beber.

Pero hay más de un abrevadero en el mundo a donde se puede ir a saciar cierta sed.

Paseando un día con mi marido, el mismo de aquella noche de juerga en La Habana, (yo soy fiel a los bebederos en donde sacio mi sed) veo el letrero ABREVADERO colgando de un edificio medio destartado, justo al lado de una cervecería aquí en Barcelona.

Me detuve en seco. Era un hotelito. Una posada, pensé. Y efectivamente, eso parecía, pues la entrada estaba casi oculta y los cristales que cubrían su fachada a medio esmerilar no dejaban ver lo que acontecía en el interior. Sólo se vislumbraba una máquina de refrescos en un rincón del salón de entrada y la cabecita del portero detrás de un mostrador. Me fui con la ilusión de visitarlo pero hasta que no entrara al Internet

y viera lo que se decía del hotelito, no quise hacerlo. Todavía estoy en espera para visitarlo.

Ya una vez me había comentado un taxista sobre el lugar. Resulta que iba yo escuchando la música que tenía a todo dar en su radio y hablándole de cómo me gustaba ésta, se viró hacia mí y me dijo, no me diga nada que cada vez que la oigo me erizo, se me pone la carne de gallina; y me enseñó su brazo verdaderamente erizado. Treinta veces al día la puedo oír y siempre lo mismo, me erizo, repitió. Resulta que antes de ser taxista, me contó, era cajero de ese hotelito, el Abrevadero.

Entonces allí, siguió este taxista que me llevaba al médico a que me viera una manchita en la cara, entró una chica con otro más chiquitico que ella. Él les dio un cuarto y a la sazón se oía la música que ahora él y yo escuchábamos. La que le erizaba el cuerpo. Minutos después de entregarle la llave del cuarto, la muchacha salía como un bólido para marcharse, me relató. ¿Qué ha pasado?, le preguntó el taxista. ¿Algún problema con el cuarto?

Nada, sólo una cucaracha, respondió ella. Bueno, eso se arregla fácilmente. Le doy otro cuarto y además subo a fumigar.

Allá en Cuba también abundaban esos animalitos pero a mí ni me molestaban. Aunque mi casa era limpia como debe ser, pues todos los días se pasaban agua y bayeta por el piso, y se le daba brillo; pero las muy desgraciadas hicieron nido en unas cortinas que mi mamá se empeñó en poner en la sala, separada del resto de la casa por dos puertas de cristales, sala en la que había una espejo enmarcado en dorado estilo Luis XV, imagino, y que hacía juego con aquellas telas pesadas y brocadas que no pegaban con la temperatura de La Habana. Como las alfombras de pared a pared que se empeñan en poner en Miami los mismos cubanos que allí emigraron. ¿A quién se le ocurre alfombrar en el trópico? Lo mismo que con las cortinas. Buen abrevadero para aquellos insectos que hasta cambiaban de ropaje en algún momento de su vida, exhibiéndose

desnudas ante mis ojos cuando mudaban la piel. Pero ni caso les hacía, más tenía que preocuparme por el examen de Matemáticas que se me avecinaba.

Y entonces, me siguió contando el taxista, ella le confesó, casi, la verdad. No es la cucaracha, le dijo, pero no terminó de decir qué era. Giró y cuando ya estaba dispuesta a salir por la puerta totalmente esmerilada de papel, él la llamó, y le dijo, si viene otro día le puedo enseñar otro cuarto sin cucarachas y verá que la cosa sale mejor. Y no le cobro. Y la música tocando, me decía mientras ni se ocupaba mucho de las luces ni de que ya nos habíamos pasado de mi destino. Y erizado como seguía me contó que más de una vez pudo enseñarle a la muchacha en cuestión un cuartico mejor. Ella y él, no más, sin el otro. Pero cuando dejó el trabajo y se hizo taxista dejaron de verse. Y el abrevadero citadino quedó atrás.

Pero todavía me erizo cuando oigo la música ésta, concluyó.

Con ellos, con los taxistas, son con los que tengo conversaciones más interesantes, pues se lo saben todo. Que si los chinos es como si no murieran pues a las funerarias no van, que si los congelan y mandan a su lugar de origen, léase la China, y luego alguien hereda el nombre que nadie entiende y siguen con el negocio aquí en Barcelona sin necesidad de papeleo ni dinero que soltar para reiniciar el negocio. Y al final la misma pregunta, ¿y usted es cubana? Sí. Pero no lo parece. ¿Por qué? Porque es muy blanca. Y yo la misma respuesta/pregunta, que si Colón no era blanco. Pues si una no es mulata no es cubana. Al menos eso, mulata. Es que están de moda. Y si son hombres mejor que mejor. Lo sé porque tengo una amiga que va al gimnasio y me contó que otra conocida de ella se lanzó a Cuba no hace mucho, como decimos nosotros, a joder la pita. Porque parece que aquí no hay ambiente. Como si los españoles o catalanes no sirvieran, los pobres. Como ya no están de moda los Julio Iglesias, que hasta en Miami se puso de moda, con su manita en el pecho y sus llantos de canciones a todo dar, brotando de las ventanillas de los autos que pasaban por la Calle Ocho, llena

ahora de gallos de papier maché que han colocado en cada esquina, muy cerca de donde los viejos que nunca mueren siguen jugando dominó sin importarles los turistas que inundan ahora la zona. Y que se retratan con ellos al fondo y junto a los gallos, como símbolo de Cuba, algo nuevo para mí, pero dicen que está en algo importante, ¿un escudo?, de la patria.

Volviendo a lo mulato, eso es lo más grande que ha dado el mundo, según escucho por aquí. Según me contó mi amiga, la otra se fue a Cuba y allí en una playa, no se si Varadero o cuál otra, echada en su silla de sol, vino un mulatico muy bien portado y le ofreció darle masaje en los pies. Encantada, respondió ella. Y se dejó hacer.

Pero de los pies no pasaba el muchacho. Sí le dijo que él también daba masajes corporales. Pero para eso había que desnudarse y mejor ir al cuarto del hotel. A lo que ella accedió. Y juntos fueron. Nada, que ella entró al baño a acicalarse un poco y cuando abre la puerta se encuentra a aquel mulato como Dios lo trajo al mundo. En pelota, me contó mi amiga, bajito para que no la oyeran las compañeras del gimnasio. Un monumento, le contó la amiga, que se quedó perpleja. Y reuló. No, yo no puedo, no puedo. Vístete y vete. Te pago sin que me des masaje. Vete, por favor.

Tanta pena le dio mostrar su cuerpo a aquel Rodín del subdesarrollo que prefirió perderselo.

Mi amiga está planeando ir al Caribe el próximo verano y darse una paradita en Cuba. Es grande, así que los masajes le van a costar una buena cantidad. Si se atreve.

Me pregunto si todavía existen las posadas aquellas perfumadas con agua de violeta o más bien con olores propios de paraderos de guagua, con los que limpiar toda impureza. Es posible que no. Que ahora son los hoteles Meliá los sustitutos, sólo para turistas. Y los que se les pegan. El pueblo tendrá otras formas de saciar la sed si no alcanzan al Meliá.

Según vi no hace mucho por el Internet se puede hasta tirarse al piso en medio de la calle y representar el acto por unos pesos cubanos. No hay que desnudarse, con alzar la ropa un poco por aquí y bajar la otra por allá se resuelve. Rodeados, eso sí, por una soguita haciendo el papel de cerco en un ring de boxeo, no vaya alguien del público en la calle a intentar entrar al ruedo. Luego de terminado el hecho los participantes se alzan del piso y cobran la cantidad recogida entre el público, casi todos hombres, por lo que vi en el vídeo. No hay peligro de intromisión de alguno que quiera hacer un *ménage à trois*, porque además de la cuerda protectora había un guardia apostado en las cercanías, haciendo que no se percataba de la coreografía del sexo que allí se desarrollaba, pues aquello no parecía mostrar peligro alguno para la causa de la Revolución ni mucho menos para la vida de sus jerarcas. Posada gratis para los participantes, como dicta la Revolución, y al aire libre, como lo soñaría Rousseau.

Así que creo que las posadas pasaron de moda, más teniendo en cuenta que escasean las viviendas.

Existe además el Malecón, con su largo muro hecho ya trizas a donde ir todas las noches.

Ahí se destila placer, alegría, además de alcohol por los poros. Tengo un ejemplo fehaciente del hijo de una americana de Nueva York que lo acompañó a La Habana y según cuenta ella, el muchacho disfrutó de lo lindo todas las noches en el Malecón, junto al mar. Una forma sana y segura de pasar las vacaciones, decía ella. Mas que el muchacho era menor de edad.

Esto también parece haber eliminado la necesidad de bares oscuros en donde oír esa música que eriza todo el cuerpo mientras se baila y que en muchos casos, como el de aquel abrevadero al que fui esta vez con un tercero, en un tiempo libre que tuve de mis quehaceres hogareños, tenía comunicación directa con cuartos a rentar por un ratico. Ahí sí que ni se veía al que estaba contigo. Mucho menos a los vecinos. El cuarto,

limpiecito. No como aquel otro en Nueva York, al que al entrar ya se sentían los olores propios de los abrevaderos, en donde va a beber el ganado y a hacer sus necesidades por los alrededores. Como en la pintura de Fragonard, que muestra a una pareja que sentados dándole casi la espalda al abrevadero a sus pies, lucen ir ahí no a saciar la sed, sino a dejar pasar el tiempo juntos pero no revueltos. Lejos de los olores del ganado, su estiércol y el campesino que los guía. Ellos, los de la pareja, casi no se notan, porque entre las vacas y sus terneros, abajo a la izquierda del cuadro y la multitud de nubes que casi cubre todo, quedan como dos punticos en el lienzo. Si Fragonard hubiera conocido la aviación, volando sobre las capas de algodón de nubes que se ven desde el avión, hubiera sido feliz pintándolas sin nada que se le pusiera por el medio. Un blanco sobre blanco al mejor estilo de nuestra época. Pero el de Nueva York, el hotelito, era en verdad un abrevadero. Que cayó por su propio peso días después de que lo visité por error. Caminando por la ciudad, y en primera plana de un periódico local vi su foto derrumbado. Hecho trizas. Lo mismo hubiera estado yo allí. Hubiera muerto aplastada sin nadie saber que era yo. Quién hubiera creído que yo fuera a un sitio así. Ese otro oscuro de La Habana tampoco era de mucha alcurnia, pero repito, limpiecito sí que estaba.

Lo que pasó en éste no puedo contarlo. No porque fuese algo fuera de lo corriente o inmoral sino porque no lo recuerdo. Parece que me quedé en blanco. Todavía estoy por averiguarlo pero la persona murió en un accidente y nunca más nos acercamos el uno al otro para semejantes veleidades, ni comentar el hecho. Algo no salió bien, imagino.

Hurgando en las pinturas rupestres de Wikipedia encuentro una que me llama la atención. En general lo que uno se encuentra son bisontes, ciervos, caballos, solos o en manada, siempre en combate con hombres provistos de lanzas, o de arcos y flechas. De mujeres nada. Al menos junto a algún animal, a no ser que acompañadas de hombres.

Había que dejar claro para la historia inmediata de ellos que eran guerreros y los hombres no temían tales enfrentamientos; mientras más dibujitos como éstos en las rocas más gloria para sus tribus y temor para las otras. Como las torres de ciertos pueblos italianos. San Gimignano, en la Toscana, por ejemplo, tiene dos torres que serían la envidia de las gemelas caídas en Nueva York. Tal es su altura que ya desde lejos se ven. Y no son las únicas, que hay muchas, en un pueblito que tiene el tamaño de cualquier barrio de Barcelona. Eran también muestra de poder.

No había forma, tal parece, con esos primitivos que pintaran a esos animales y a su gente cerca de un abrevadero tomando agua. Es lógico si se piensa que esa situación de paz y remanso entre el hombre y el animal no parecía darse mucho. Tampoco les daba poderío. O va y la memoria, como elemento del futuro, no entraba todavía en sus cerebros y esos detalles, no importantes para su presente, no tenían por qué quedar para el futuro.

Pero encontré en el Wikipedia una de estas pinturas que fue un error o una mentira. O invento de alguien que gusta de hacer bromas en ese blog que hacemos todos. Allí vi a dos ciervos junto a algo blanco, que parecía agua. ¿Un abrevadero? Enfrascados en un acto nada corriente en esas pinturas. O tal parecía. Frente a ellos un hombre de piernas musculosas y bien formadas, de torso extremadamente delgado y largo, se proyectaba hacia ellos desde el otro lado del charco. ¿Observándolos? Quizás es una pintura moderna incrustada en la roca y no tiene nada de levantina, ni paleolítica.

¿O fue éste el primer abrevadero simbólico en la historia del hombre del que se tenga noticia?